

CUENTO N° 135

TÍTULO: UNA LARGA MIRADA

SEUDÓNIMO: OLAFO

AUTOR: CARLOS EDUARDO VILDÓSOLA SAN MARTÍN

UNA LARGA MIRADA

Por Olafo

Juan José María, hombre mayor -sesenta y seis años- pero un activo profesional, lúcido y físicamente bien conservado, casi atlético, exitoso en su profesión, pasaba unas cortas vacaciones en Miami con su pareja. Su nueva y renovada pareja.

Desde su balcón podía observar el horizonte y el lento sumergir del sol, ahogándose en el mar, espectáculo que le rememoraba su infancia.

Al momento de acostarse, con su pijama a rayas de fina tela, levemente perfumado, se le ocurrió ir a la sala del baño con el fin de darse los últimos retoques, antes de entregarse a las caricias de su amada y al posterior sueño reparador.

Se miró en el gran espejo, y con un dejo de orgullo apreció que no lucía del todo mal, teniendo conciencia de su edad. Sí, un hombre maduro.

--No estoy nada de mal parecido, pensó.

Se acercó más, ahora al espejo del lavamanos, que magnificaba la visión, notó, cosa extraña, que no era él, mejor dicho, a medida que se aproximaba, más se desprendía de su ser. Extrañado, trataba de reencontrarse a sí mismo, permaneciendo un indeterminado tiempo, haciendo esfuerzo por reconocerse, retrocediendo, tratando de alejarse del espejo, lo que no lograba conseguir.

Sensación ilógica, persistente y a la vez, angustiante.

Por Olafo

Quiso pestañear, para despercudirse, pero nada. Ni un movimiento. Notó que su cabellera era blanca, sus cejas eran abundantes, con mucho tinte cano; algunos vellos canosos emergían de sus fosas nasales; los pabellones de las orejas presentaban un tupido pelo. Sus comisuras labiales y los surcos naso-genianos se habían profundizado -con cierto rictus de amargura- en forma de U invertida.

Ellos se prolongaban más allá de sus labios, hasta llegar al mentón, atravesada (la U invertida) por sus delgados labios. Todo ello semejaba más una A, siendo la comisura labial el trazo horizontal de esta letra, cuyo vértice cabalgaba en el centro de la nariz. Sí, era una A y no una U invertida. Seguro.

Las conjuntivas enrojecidas, con pequeños vasos sanguíneos, producto de las trasnochadas –reconócelo Jota, Jota, Eme- y de tu mayoría de edad; las pestañas largas, gruesas, abundantes, algunas canosas. Justo en el polo interno de los ojos se apreciaba escaso líquido lacrimal, mezclado con algunos glóbulos de pus. Su piel se veía enrojecida, flácida, con manchas parduzcas diseminadas –claro diagnóstico de una queratosis- más la presencia de cortos vellos blancos sin rasurar dispersos en la cara....

- ¡Por favor, no sigas, hombre, que te atormentas innecesariamente! De nada te sirve...debes aceptar el paso de los años con coraje. ¡Caramba! los que inevitablemente pasarán y te pesarán cada vez más y llegarás al estado en que está tu hermano mayor, con demencia senil, o te caerá antes la guillotina de otra dolencia; esas que tú conoces muy bien.

Por Olafo

Acercándose más, por una inexplicable atracción especular, atravesó los iris de color indeterminado, pasó por las pupilas y los cristalinos algo opacos -¿cataratas incipientes J.J.M.?- cayendo en la profundidad de los globos oculares.

Ello lo aterrorizó y, al no poder asirse de algo, caer y caer, observando al fondo, sí, el infierno, el mismo terrorífico infierno descrito e ilustrado por Brueghel el joven. Trató de cogerse de algunos finos elementos laterales, los que se rompían -dada su textura- deslizándose suavemente hasta el fondo de ese infierno.

En ese preciso momento gritó desesperado pidiendo auxilio. Nada. Nadie escuchó nada.

La mirada fija en su cara, no le impidió divisar el cuello, notando los pilares tendinosos y musculares sobresaliendo notoriamente, junto a los cartílagos laríngeos y la presencia de una prominente nuez.

Extrañamente, casi por casualidad, se fijó en una fina cadena de oro que circundaba su cuello. ¿Regalo de quién? ¿De una amante? No lo recordaba. Su mirada fija, y con sus pupilas dilatadas, le impidió ver si se trataba de una medalla o un crucifijo.

¡Alarmantes dudas! ¡Vamos Juan José María, trata de enfrentar a tus innegables miedos!

En eso divagaba cuando con un gesto desesperado, giró los espejos laterales, observando que su perfil era exactamente al de su difunta madre –a quien

Por Olafo

apenas conoció— de la que, sin embargo, poseía fotografías añosas, color sepia, que la mostraban de perfil. Sí, él era hijo de ella, como sus dos hermanos ausentes, cuyos recuerdos le golpearon inexplicablemente su encéfalo.

La vida suele presentar un rumbo indeseado, pero siempre dando la oportunidad de coger las riendas para enmendar su propio destino. En este caso era difícil.

Tras horas, retrocedió lentamente, configurándose como él mismo, pensando que la experiencia vivida había sido sólo una larga laguna mental o un viaje sideral con retorno, o tal vez, una premonición de algo por llegar ¿la inevitable demencia senil? Este pensamiento lo aterrorizó.

--¿Ha terminado tu historia? Por supuesto seguirán sucediendo cosas sorprendidas, pero nadie te creerá que el asunto tenga algún sentido que deba ser interpretado.

¿De qué se trata entonces?

Asunto que lo hizo meditar profunda y largamente. Sí, los vaivenes de la vida.

Mientras al pasar -por qué no decirlo- los sueños transcurren lentamente, el péndulo del vivir va llenando la memoria de diferentes sucesos, la mayoría triviales, otros inolvidables o de diversas premoniciones, a veces aterradoras.

Desde el nacimiento hasta la muerte, los dos únicos fenómenos -que tú conoces Jota Jota Eme- son inevitables a todo ser humano, que implican gran emocionalidad y fragilidad para los seres amados.

Amanecía cuando se fue a la cama, agotado, donde su amante dormía plácidamente.

--¿Qué te sucedió en esas largas horas, Juan José María?- se preguntó.

Ya de día, sentado al borde de la cama, trataba de explicarse lo inexplicable de lo ocurrido durante algunas horas, y su amante aún durmiendo.

Algún día, lejano... o tal vez, cercano ...te ocurrirá. Tus azules ojos, se tornarán blancos con una larga y fija mirada, recostado —sí, esta vez— envuelto en suaves sábanas blancas antes de caer a la hoguera y ser preservado en un cinerario de cristal. Terminarás en eso.

Puede suceder muy pronto y tu amante de turno lo presenciara, seguramente sin lágrimas, sí, tal vez pronto, muy pronto.

O tal vez tarde, pero con toda seguridad, lo sabrán entonces tus lejanos hijos.

Tal vez ni te lloren.

Total, tú nunca lo sabrás...

////////////////////////////////////